

Un reto para las Iglesias

Violencia intrafamiliar

Por MYRIAM S. ÁLVAREZ PÉREZ

Hablar de la Violencia Intrafamiliar es algo complejo y delicado. Muchas aristas tiene este fenómeno. Sin embargo, la magnitud del problema de la violencia y sus consecuencias parecen ser tales que de 2001 a 2010 ha sido declarado, por el Consejo Mundial de Iglesias en su Octava Asamblea de Harare, Zimbabwe, década para vencer la violencia, incluyendo la doméstica. Allí se hizo un llamado a las iglesias y las organizaciones ecuménicas a trabajar juntas para superar este flagelo mediante la paz y la justicia.

Muchas interrogantes nos propone el tema en cuestión, desde qué podemos entender por violencia, cuáles son sus formas o manifestaciones, hasta los recursos con que contamos para vencerla y los planes de ayuda a personas víctimas de ella, así como también a los victimarios, pues estos últimos no escapan a la necesidad de ayuda terapéutica. Sin academicismos, la violencia es una forma de relacionarnos e interactuar con otro(s) a partir de una acción o comportamiento que va contra el natural modo de proceder, pues resulta impetuoso y puede que hasta deshumanizado. Es, generalmente, un acto que se realiza con el fin de hacer daño a otro(s) para lo cual se usa la fuerza física y/o verbal con la presunta intención de poner fin a un conflicto. En esta intervención se destaca una relación de dominio y poder de un individuo sobre otro de manera más o menos evidente. Así, estos actos o comportamientos inadecuados que se producen en las relaciones que establecen los miembros de un grupo familiar es a lo que llamamos violencia intrafamiliar, fenómeno que puede caracterizarse por la presencia de daños físicos, psicológicos, patrimoniales o morales de uno(s) sobre otro(s) dentro del hogar.

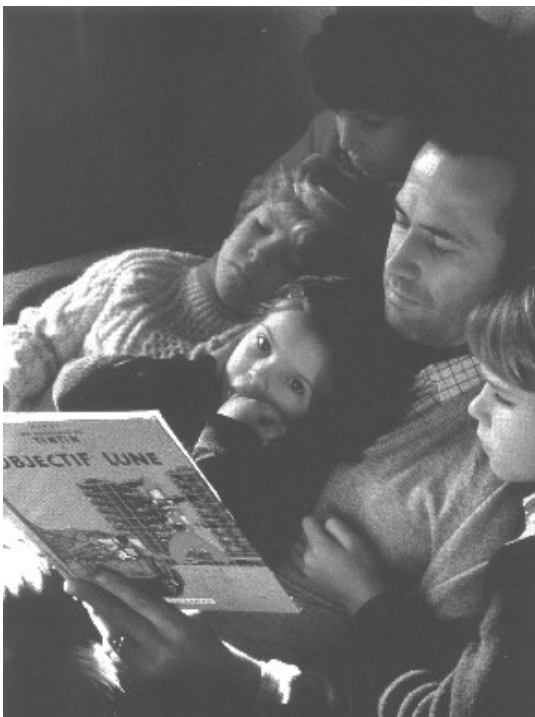


Andrea Yates (40 años), convicta, en 2005, por asesinar a sus cinco hijos.

Los estudiosos del tema señalan un conjunto bien definido de diferentes causas o determinantes de la violencia, a saber: en lo social, lo psicológico-personológico, lo económico, lo biológico y lo cultural. Resulta casi imposible concebir un acto violento que esté sólo relacionado con uno de estos cinco determinantes, pues la violencia tiene sus raíces en un sistema de niveles múltiples que hace que las relaciones entre los individuos se tornen tensas y desagradables y los conflictos se enfrenten de manera inadecuada. Aprendemos acerca de la violencia desde edades muy tempranas, porque estas relaciones también van hacia el interior de las familias y generan luchas por el poder, dependencia de unos respecto a otros, humillaciones, vejaciones y ofensas. Es, dentro del seno familiar, donde nos apoderamos de las primeras formas de relación interpersonal, con expresiones de afecto como son los besos y abrazos; o por el contrario, siguiendo patrones inadecuados de comunicación como los gritos y las malas formas de expresión en general.

La violencia intrafamiliar adquiere diferentes formas que van desde la vejación física, la cual generalmente se expresa en golpes y maltratos físicos, hasta un tipo de violencia más compleja y sutil como lo es la psicológica, aquella encaminada a lacerar la autoestima e integridad moral del ser humano y a disminuir su confianza en sí mismo y su dignidad y valor personal. Dicha violencia funciona como un proceso circular lleno de dolor donde lamentablemente nada cambia, porque las formas inadecuadas de interacción se tornan viciosas y repetitivas. Las manifestaciones de violencia pueden expresarse tanto en golpes y lesiones como en maltratos verbales, humillaciones, ofensas y toda acción que repercuta en el bienestar emocional del individuo.

Con regularidad se ha señalado que las víctimas más frecuentes de la violencia intrafamiliar son los niños, las mujeres y los ancianos, en tanto ellos son los más vulnerables, débiles o desprotegidos. Cuando un padre grita o pega a un niño lo está maltratando, lo hace víctima de su violencia y desgraciadamente, actos como esos los hemos podido observar.



La institución cristiana tiene dos recursos básicos con que operar, ellos son la fe y el amor.

No es menos cierto que muchas veces un disgusto o pelea entre los padres se transforma en maltrato a un hijo y así los padres transgreden sus deberes para sus hijos y violan los derechos de estos últimos. La condición de padre o madre no autoriza para maltratar a un hijo; cuando esto sucede se está incumpliendo con una de las funciones principales de la familia, la de brindar amor, respeto y comprensión a todos y se está olvidando que con comportamientos de ese tipo no se puede educar, pues la agresividad sólo genera agresividad. Así también las personas de mayor edad son víctimas de maltratos en el hogar por los más jóvenes, pues a los primeros se les ve torpes y como algo viejo, en desuso y que estorba. Con frecuencia se les grita u ofende, no se les hace caso, no se atienden o se toman en cuenta sus opiniones o decisiones. No nos percatamos de que también es negligencia la negación de un servicio o atención, y la falta de un gesto de amor es expresión de maltrato. La violencia conyugal, aquella propia del marido y la mujer, parece también crecer en evidencias que pueden o no constatarse de manera fácil. En este sentido la violencia del marido hacia la mujer se describe en un ciclo que transcurre en tres fases fundamentales. Cora Ferro Calabrese, teóloga y educadora, las describe de la siguiente manera:

Una **primera fase** caracterizada por un período de aumento de la tensión, donde se producen incidentes de agresión de “menor importancia”. Generalmente la mujer trata de calmar al esposo de diferentes formas: con cariño, siendo condescendiente, no molestando. La mujer no es capaz de exteriorizar su enojo, se niega a sí misma, siente culpa y justifica a su marido pensando que él tal vez ha bebido más de la cuenta, o que a lo mejor ella no fue prudente... Mientras el marido no hace nada por controlarse, sus manifestaciones de ira van en aumento y las posibilidades de la mujer de controlar la situación van disminuyendo. En estos casos las mujeres se aíslan, ahuyentan a sus propios familiares y hasta se vuelven hostiles y agresivas con sus hijos. Pueden hasta manifestar síntomas como dolor de cabeza, hipertensión arterial, bulimia, etc.

En la **segunda fase** ocurre propiamente el incidente agudo de agresión. La violencia descontrolada del marido es una de las características fundamentales de esta fase; se sabe que la situación está “fuera de todo control”. Pueden ser tan graves las agresiones que, a veces, requieren hospitalización o, en el peor de los casos, llegan a la muerte. La mujer busca un lugar seguro para protegerse y siente pena, vergüenza y se cree condenada a soportar todo eso, a veces, porque se siente enamorada pese a todo,

otras por los propios hijos.

En la *tercera fase* aparecen la amabilidad, el arrepentimiento y el comportamiento cariñoso del marido agresor. Aquí se trata de un período de calma en el cual desaparecen las tensiones. El marido manifiesta culpa y busca el perdón; hace promesas de un cambio total; y es muy posible que crea que nunca más hará daño. No se sabe cuánto dura esta fase. Muchas veces las mujeres no saben cuándo comienzan nuevamente los incidentes que inician otra vez la fase primera para volver a un nuevo ciclo.

Los especialistas que en nuestro país laboramos en servicios asistenciales de salud mental, familiar o de pareja, con frecuencia constatamos las más diversas y sutiles formas de violencia intrafamiliar. Un reciente estudio culminado en noviembre del 2003 realizado por el Departamento de Estudios sobre Familia del Centro de Investigaciones Psicológicas y Sociales, titulado *Convivir en Familias sin violencia. Una metodología para la intervención y prevención de la violencia intrafamiliar* describió el fenómeno de la violencia doméstica desde la mirada infantil. Fue estudiada una muestra de familias pertenecientes a los municipios de Playa, Centro Habana y Santiago de Cuba; se comprobó la existencia de diferentes formas de maltrato en el grupo familiar. Los niños estudiados refirieron que las formas más frecuentes de castigos a los que eran sometidos en alguna oportunidad son el golpe, no jugar, no salir de casa o sentarse en un mueble; mientras las respuestas verbales más frecuentes eran amenazar, gritar, insultar.

En la misma investigación, los niños señalaron que las vivencias afectivas que experimentaban con mayor frecuencia ante las situaciones de violencia o maltrato familiar estaban relacionadas con el miedo, el llanto, la tristeza, sentirse mal o ponerse nervioso. Por su parte, las reacciones de madre/padre cuando está brava/o pueden ser pegar al niño, regañar, castigar, presentar reacciones agresivas negativas o estados emocionales displacenteros. Los especialistas cubanos expresaron que estas formas de maltrato constatadas dentro del grupo familiar parecían constituirse en prácticas cotidianas de vida, hábitos y métodos educativos, mientras en algunas familias las formas graves de violencia intrafamiliar se justificaban y aceptaban como inevitables o normales.

El problema de la violencia intrafamiliar es indiscutible que puede afectarnos en cualquier oportunidad, de manera más o menos directa. Es incuestionable que esto nos atañe a todos. A los científicos, desde sus diversas especialidades, corresponde el pesquisaje de las características de las diferentes formas de violencia intrafamiliar para contribuir a la construcción de relaciones intrafamiliares adecuadas. La intervención para la prevención del fenómeno debe abarcar desde la sensibilización con el problema, hasta el desarrollo de programas educativos para contribuir al desarrollo de habilidades para la convivencia, el aprendizaje de estilos comunicativos óptimos, la solución asertiva de conflictos y como satisfacer la necesidad de orientación de la familia en el desempeño de su función educativa.

Mientras este problema continúa su curso, la Iglesia en Cuba y en el mundo no puede mantenerse al margen, alejarse de la situación o voltearle la cara. Para empezar bien pudiera comenzarse con una relectura bíblica desde la perspectiva de género que pueda contribuir a desentrañar y clarificar una serie de mitos y prejuicios que aún hoy día existen sobre la violencia. Pero otra ayuda aún puede brindarse. Es la de propiciar los momentos de sanación emocional y espiritual a las víctimas de la violencia intrafamiliar. La institución cristiana tiene dos recursos básicos para operar: la fe y el amor. Necesitamos no sólo creer en Dios, sino creer que Dios cree en nosotros como hombres y mujeres de buena voluntad para amarnos y servirnos los unos a los otros. Contribuir a que los seres humanos convivan en familias sin violencia es, hoy por hoy, también un reto para las iglesias.